

Una vez más, hijo mío, me lleva este mar, testigo de mis erráticos pasos y que, ahora, te conduce hacia tu primer exilio. En Roma, eras «el hijo del Africano»; en África, serás «el hijo del Rumí». Estés donde estés, querrán hurgar en tu piel y en tus plegarias. (...) Musulmán, judío o cristiano, que te tomen como eres o que prescindan de ti. Cuando la mente de los hombres te parezca estrecha, piensa que la tierra de Dios es ancha y anchas Sus manos y Su corazón. No vaciles nunca en alejarte allende los mares, allende todas las fronteras, todas las patrias, todas las creencias.

Amin Maalouf, *León el Africano*.

## EL ENCUENTRO

La nave volaba a veintiocho mil pies de altura, mientras el monitor que detallaba la ruta marcaba nuestra posición, indicando que estábamos en medio del océano atlántico y a poco menos de la mitad del recorrido que nos llevaba rumbo al viejo continente. Nuestro destino: Barajas, en Madrid. Hacía ya unas seis horas que habíamos partido desde una de esas tantas capitales suramericanas, donde, a diario, miles de personas abordan un vuelo que para ellos se convierte en la cuadriga que los encumbra al paraíso que tanto han añorado, siendo esto un craso error.

En el asiento contiguo, estaba un hombre a quien acababa de conocer en la sala de espera del aeropuerto, mientras aguardábamos nuestro vuelo. Aunque no estoy seguro de las razones que lo motivaron, él me relataba en primera persona una historia que nunca pensé escuchar con tantos detalles en boca del propio protagonista, quien, además, estaba de regreso al lugar donde vivió en carne propia los desafortunados momentos que a continuación les voy a narrar. He aquí su historia y la de muchos:

Dos años atrás...

Mientras observa por la ventanilla del avión, en su mirada se nota la admiración por aquella inmensidad. El cielo está despejado y este se une al azul infinito del océano, haciendo de ellos uno solo. Era la primera vez que este hombre cruzaba el atlántico. Atrás quedó todo lo que tenía, incluso su familia, a quien no sabía cuándo volvería a ver, pues lo que le aguardaba más adelante solo era incierto.

En tan largo viaje las horas se hacen interminables y en ningún momento este hombre ha podido conciliar el sueño. A su mente vienen recuerdos de días atrás, cuando un sacerdote de la Iglesia católica le había dado el boleto aéreo con el que pudo salir del país y así escapar de aquellos que lo perseguían; pero esa es otra historia que quizás algún día se la cuente.

El viajero solo lleva una maleta contentiva de algunas pertenencias, entre ellas, unos importantes documentos. Documentos por los que, de haber sido descubiertos por las autoridades de su país, nunca hubiese podido abordar ese vuelo, pues lo habrían hecho prisionero.

Su compañera de asiento era una mujer de mediana edad, posiblemente de algún país caribeño y quien apenas pronunció unas cortas palabras durante todo el viaje, y que fue con el propósito de abrirse paso hacia el baño:

—Con permiso. Gracias —dijo en voz muy baja la mujer, casi susurrando.

Quizás, ella ocultaba una gran historia guardada en su silencio, pensaba el hombre. Quizás, huía de un terrible pasado que quería borrar para siempre de sus recuerdos o, tal vez, viajaba para tratar de encontrarse a sí misma recorriendo los recovecos del Retiro. Quizás, ella va al encuentro de ese gran amor que le aguarda en Madrid y que nunca pudo hallar en América. Quizás, lo más seguro es que nunca lo sabremos porque aquella misteriosa mujer nunca más retornó a su asiento.

El hombre continuaba con su frente recostada en la ventanilla, mirando hacia el exterior y donde se presentaba ante él un espectáculo fantástico. Era el maravilloso encuentro del día y la noche, donde se unían en un mosaico natural de crepúsculo y estrellas que jugaban con su mente y que creaba un inigualable Dalí.

Y al fin, el hombre se quedó dormido profundamente durante tres cuartos de hora. Sueño que acabó súbitamente por una leve turbulencia que afectó a la aeronave. Al sobreponerse del pequeño susto, el hombre detalla su reloj y se percató de que ha pasado poco tiempo. La ruta de vuelo que se detalla en el monitor del asiento indica que están a menos de tres horas de su destino. Ya el cansancio natural producido por el largo vuelo se hace notar, que, juntándose con el cambio de horario, comienza a hacer su incomodo efecto.

Del bolsillo de la solapa, el hombre toma su pasaporte, el cual lleva en su interior una fotografía de su esposa e hija. Mirando fijamente la foto, vienen a él recuerdos invaluables de aquellos momentos con su hija y del último beso que le dio a su mujer, y que provoca instantáneamente un par de lágrimas que se deslizan por su mejilla, las cuales no puede evitar.

Haciendo un paréntesis en la historia, quiero contarles que el protagonista, en su afán de proteger su verdadera identidad, me pidió como única e irrevocable condición para poder relatarme los detalles de su vivencia que yo, si decidía algún día contar esta historia, y que es su historia, debía cambiar su nombre, aunque era notable que su deseo por contarle al mundo lo sucedido estaba por encima de las dudas que mi persona podía despertarle. El tiempo dirá si fui capaz de mantener mi palabra.

He aquí mi tarea de comenzar a discernir un seudónimo para nuestro hombre. Yo podría pasar varios días o quizás semanas buscando un nombre apropiado para el personaje principal de este relato, pero, en realidad, solo me tomo unos segundos para dar con la que será su nueva identidad y así guardar mi palabra de tratar de proteger lo impropetible.

Santiago, es el nombre que he elegido; un nombre que me evoca ese camino que millones de peregrinos han recorrido y que cada año otros tantos se suman a la mítica ruta en busca de la tan ansiada redención en tierras españolas. Nuestro protagonista es otro de esos Santiagos, pero en otro largo camino. Un camino que lo llevará a tan solo un paso de alcanzar su libertad, pero que el gran dilema subyace en saber si él será capaz de dar ese último paso, al final.

## EL ARRIBO

Santiago recuesta su cabeza contra el vidrio de la ventanilla; afuera, se ve ya la tierra firme, es un paisaje de marzo en tierras ibéricas. Pequeños pueblos, montañas, carreteras y ríos se ven desde la altura. El clima favorece la visión. En el paisaje, hay algo que llama su atención, son las muchas torres blancas que se ven en la cima de las montañas. Estas son grandes estructuras que se movían por la fuerza del viento para generar energía eólica y que le recordaban a Santiago a esos gigantes contra los que luchó don Quijote. En España, aún es invierno, y uno de los más agrestes en mucho tiempo.

El capitán de la aeronave anuncia que en veinte minutos aproximadamente estarán arribando al aeropuerto de Barajas en la ciudad de Madrid; mientras, Santiago ojea unos apuntes de su agenda personal. Seguidamente, las azafatas comienzan a entregar las planillas de migración para que los pasajeros las diligencien con sus datos. Barajas está cada vez más cerca y el corazón de Santiago se acelera ante su inminente destino. Sus manos están heladas y el avión comienza a decender mientras el paisaje aparece y desaparece al pasar por unas nubes que se hacen cada vez más espesas. Nubes de un invierno negro que empiezan a detallar el panorama que le aguarda a nuestro hombre en Madrid...

El aeropuerto de Barajas, ubicado al noreste de la capital española, es uno de los mayores en su tipo, considerado la puerta de entrada a Europa desde Hispanoamérica, ya que posee el mayor número de conexiones con ese destino. Este aeropuerto ocupa el primer puesto en España, el cuarto en Europa y el undécimo en el mundo en relación al número de pasajeros que mueve al año, con una cifra cercana a los cincuenta millones. Fundado en 1931, Barajas ha tenido notoriedad por una serie de accidentes que se han suscitado en su explanada. Uno de ellos, el ocurrido el 27 de noviembre de 1983, en donde un vuelo de la aerolínea colombiana, Avianca, procedente de París, se estrelló durante las maniobras de aproximación para aterrizar en el aeropuerto. El avión chocó contra una colina y quedó partido en cinco secciones. Solo once de los ciento sesenta y nueve pasajeros sobrevivieron, y no hubo supervivientes entre los veintitrés tripulantes.

Otro hecho más reciente en el aeropuerto de Barajas se suscitó el 30 de diciembre de 2006, donde el grupo separatista vasco ETA ejecutó un atentado terrorista en la T4, haciendo estallar una furgoneta cargada con explosivos y que causó el colapso de dicho módulo, millonarios daños materiales, así como una veintena de heridos y dos muertos, ambos de origen ecuatoriano.

La inmensa nave despliega su tren de aterrizaje y, a los pocos minutos, toca tierra. Santiago parece un niño que mira por la ventanilla el paisaje que se muestra ante él, provocando una afanosa respiración, indicio de los sentimientos internos que estaba experimentando. Él sabía que una de las primeras pruebas que debía afrontar al bajar de ese avión serían los estrictos controles de migración, que conocía por lo que había leído en

diversos artículos periodísticos y, según los cuales, eran controles muy severos para con las personas procedentes, especialmente, de Suramérica. Solo el año anterior, más de tres mil de sus compatriotas habían sido deportados de España sin siquiera haber salido del aeropuerto. Es bien sabido que, al llegar a Barajas, los pasajeros son abordados por los agentes de la policía española, quienes los escogen al azar para exigirles la documentación correspondiente. Algunos terminan siendo deportados a su país de origen, sin recibir siquiera la más mínima de las explicaciones por parte de las autoridades españolas. Este es otro más de los tantos abusos de un primer mundo para con los suramericanos, llamados despectivamente «Sudacas» por algunos españoles ególatras, para quienes estos viajeros solo son unos miserables y despreciables seres provenientes de aquella parte del mundo tan odiosa y pestilente.

Para Santiago estaba claro que no sería nada fácil superar este primer obstáculo, y mucho más que el motivo de su llegada a Madrid no tenía nada que ver con una visita turística o de trabajo. Él había llegado a esas tierras con la firme y única intención de solicitar protección humanitaria por parte del Gobierno español, y la odisea apenas comenzaba.

La nave recorre la pista mientras se aproxima a uno de los puentes de la terminal 1, lugar donde es costumbre el desembarco de los vuelos procedentes de Suramérica. En una de las salas de espera de esa terminal, Santiago sabía que lo estaría aguardando Eudaldo Guerrero, un viejo amigo, al que hacía más de diez años no veía y quien lo recibiría en su casa durante los primeros días de su estadía.



Eudaldo llegó a España como inmigrante hacía ya trece años. Para la fecha, él ya había cumplido los requisitos necesarios para nacionalizarse como ciudadano español y cuyos trámites estaban en proceso. Este hombre, al igual que cientos de miles de extranjeros, ha vivido en varias ciudades de España, ejerciendo diversas actividades para poder salir adelante junto con su esposa e hija, quienes para ese momento se encontraban viviendo en las islas Canarias. Eudaldo, por su parte, habitaba a treinta minutos de Madrid, en un pueblo llamado Choza de Canales, asentado en el valle de la comarca de La Sagra, de la provincia de Toledo, que pertenece a la comunidad de Castilla-La Mancha. Esta zona basa su economía principalmente en la industria del ganado y la agricultura, de la cual destaca el cultivo de la vid, pero que en los últimos años, y debido a su cercanía con Madrid, como ciudad satélite, se ha producido un incremento en las construcciones habitacionales en Chozas de Canales y que han sido fuente de trabajo para Eudaldo.

El plan que habían coordinado ambos consistía en que, una vez se instalara Santiago en casa de Eudaldo, procedería a dirigirse ante las autoridades correspondientes y así iniciaría el trámite para que le fuese reconocida la condición de refugiado por razones de persecución política...

Para entender a fondo los planes de Santiago, les explicaré más detalladamente de qué se trata la solicitud que estaba por hacer y lo mejor será empezar por definir el término de «refugiado».

Según el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), la práctica de conceder asilo a personas que huyen de la persecución en tierras extranjeras es uno de